

—No quiero, no quiero—gritaba la vieja—ver siempre este espantajo delante de mis ojos. Primero me tiro al pozo que salir á la calle de esta manera, para que vengan detrás de mí todos los gatos del barrio.

—Te haré una funda...

—No quiero funda. Pidamos que se me caiga este pendiente.

—Espera, espera—gritaba el marido—; pensémoslo despacio.

—Sí—decía la vieja—; ¡ojalá lo hubiéramos pensado antes!

—Tú tienes la culpa.

—Tú eres quien la tienes.

Por fin, después de muchas disputas, recriminaciones y denuestos, y cediendo, aunque á su pesar, á las súplicas de la pobre mujer, que estaba sentenciada á oler siempre á cerdo muerto, el marido dijo refunfuñando:

—«Caigan las morcillas.»

Y cayeron en el acto, con gran contentamiento de la pobre vieja, que se vió libre de aquel desconsolador colgante.

—¿Y qué hemos sacado—dijo con cólera el viejo—de los tres deseos?

—Una buena rastra de succulentos embutidos—dijo la bruja, soltando la carcajada y cayendo de nuevo por la chimenea montada en su escoba—. Si —continuó—; una rastra de embutidos, y gracias que os ha quedado eso. ¿Os convencéis ahora de que si Dios concediese á los hombres todos los caprichos y satisficiera todos sus deseos se encontrarían en muchas aperturas? ¿Veis cómo es mejor dejar á la Providencia que nos dé lo que quiera, y dirigir solamente al cielo las siete peticiones del *Padre nuestro*? ¿Quién, sino Dios, que nos ha criado, sabe lo que nos hace falta? ¿Estáis arrepentidos de vuestros inmoderados deseos? ¿Os quejaréis más de la Providencia?

Todo esto lo oían los viejos, pero nada contestaban.

—Vamos —prosiguió la bruja—; confiad en Dios; no tened tanta soberbia, y comeos las morcillitas, que algo es algo. Vaya, buenas noches.

Y montando en su escoba se volvió por la chimenea.

Miráronse los buenos viejos; asaron el fruto de sus deseos, prometiendo no desear más que lo que Dios quisiera enviarles.

J. MARTÍNEZ.

SEMBLANZA

Cómo han de amar la memoria de los blasones paternos estos bárbaros modernos sin sentido de la historia?

¡Si es la puchera su gloria y es su culto el populacho y es el voto su penacho y las urnas sus crisoles!

¡Dios nos libre de españoles traducidos al gabacho!

RICARDO LEÓN.

Apologética popular. Incomparable centenario.

Se activan los preparativos para celebrar el décimo sexto Centenario del Edicto de Constantino.

—¿Y qué es eso del Edicto de Constantino? —Aquel con que se proclamó la paz de la Iglesia. Fíjate bien, que es cosa grande, en la fecha señalada: ¡*Décimo sexto Centenario!*

La Iglesia católica, sepulturera inmortal de todos sus enemigos, se presenta hoy como secular institución nunca vencida, siempre victoriosa, recordando su eterna juventud ante los ojos asombrados de las generaciones contemporáneas. ¿Qué institución hay tan dominadora del tiempo como ella?

«No hay nada que haya durado quince siglos», decía Pascal; y la Iglesia tiene mucho más de quince siglos.

Y esta vida de la Iglesia no se parece á la que suelen arrastrar viejas instituciones humanas que viven transigiendo, menoscabando su ser propio, que esto no es conservarse; no, la vida de la Iglesia es de lucha permanente por no transigir jamás con el error ni con los vicios. Defiende y proclama hoy lo que ayer. El tiempo no ha puesto lunar en su doctrina ni en sus obras.

Este espectáculo, verdaderamente divino, de la Iglesia atravesando centuria tras centuria, siempre la misma, siempre immaculada, y esto en un batallar, sin la menor tregua apreciable, contra los errores y prevaricaciones de los altos y los bajos, de los príncipes y de los pueblos, hizo decir á Teodoro de Beza: *La Iglesia es un yunque que ha gastado todos los martillos*. Y a Enrique Heine: «Esa Bastilla (la Iglesia) es aun de expugnación muy ardua, y más de un joven asaltante se ha de romper todavía el cráneo.

—Entonces, esos clérigos apóstatas que anuncian el fin próximo de la Iglesia no hay duda que hacen un papel harto ridiculo.

—Mientras ellos se entretienen en plagiar a los doctores ingleses que hace tres siglos dijeron que la Iglesia estaba dando las boqueadas, nosotros nos disponemos a celebrar fiestas magníficas y universales que atestiguan la vitalidad prodigiosa de la santa sociedad fundada por Cristo.

Digamos con San Agustín: al presente miran a la Iglesia, y dicen: *Va a morir y muy pronto desaparecerá su nombre y no habrá ya cristianos: llegó su hora*; y mientras están diciendo esto, veo que mueren ellos todos los días, y sin embargo la Iglesia permanece siempre en pie, anunciando el poder de Dios a todas las generaciones que se van sucediendo.

Más de catorce siglos van corridos desde que San Agustín escribió esas palabras.

¿No han tenido tiempo todavía de convenirse los enemigos de la Iglesia?

¡Horrible!

Vivían en el piso bajo del número 127 de la calle de Toledo de Madrid la viuda María Rodríguez, su hija Petra Heras y un primo carnal de esta; Manuel González.

Por la noche una vez terminados los trabajos del día, regresó D. Manuel a su casa.

Cenó en compañía de D.^a María y de Petra, y terminada la cena, doña María recordó a don Manuel que tenían que colgar en lugar preferente del gabinete un cuadro que encierra el título de perito mercantil de don Manuel.

El gabinete es una habitación de

reducidas dimensiones: al fondo hay un armario de luna; a la izquierda, una cómoda; y a la derecha, una butaca y algunas sillas.

En la pared, sobre la cómoda, había un cromo que representaba la imagen de San José.

Petra, subida en una silla, descolgó el cromo, colocando en su lugar el cuadro que tenía el título de que hemos hecho mención.

Terminada esta operación, Petra preguntó a su madre, que estaba en la habitación inmediata al comedor, retirando el servicio de la cena:

—Mamá ¿dónde coloco este S. José?

—Cuélgalo ahí, en ese rincón—dijo D.^a María, indicándole el sitio que había de ocupar el cromo.

Petra, subida en una silla, colgó el cuadro, y después de examinarlo detenidamente, exclamó riendo y en tono de chanza:

—¡La verdad es que este San José es muy feo!

—Pues, por lo feo, le voy a fusilar yo—añadió seguidamente D. Manuel, y dirigiéndose a su dormitorio sacó del cajón de su mesa de noche un pequeño revolver. Ahora verás—añadió—como yo lo pongo guapo.

Disparó tres veces; pero las primeras sólo produjeron el ruido metálico del percutor al chocar en el lugar donde se coloca la cápsula.

A la tercera vez sonó una detonación, salió el tiro, y Petra cayó pesadamente en tierra.

Doña María, al oír el tiro, acudió atropelladamente a la habitación en que se hallaban su hija y su primo, y comenzó a gritar, al mismo tiempo que abrazaba y besaba el cuerpo inanimado de su hija:

—¡Petra! ¡Petra!

Don Manuel, presa de una exaltación rayana en la locura, exhalaba gritos de angustia y profería palabras que acusaban la mayor incoherencia.

Al enterarse de lo ocurrido acudieron varios vecinos de la casa, y en una silla trasladaron a Petra a la Casa de Socorro de la Latina.

Los médicos de guardia Carazo y Seoane y el ayudante, señor Gallego, tendieron a Petra sobre la cama de operaciones, y apenas la examinaron comprendieron que los auxilios de la ciencia eran totalmente inútiles, pues la desgraciada joven había entrado en el período agónico.

Se avisó pues, al capellán de guardia de la parroquia próxima para que administrase a la moribunda los auxilios espirituales.

Apenas el sacerdote hubo cumplido su santa misión. Petra exhaló el último suspiro.

Petra, al ser herida, vestía falda negra y blusa blanca, tenía puestos unos pendientes de oro, y pendiente al cuello llevaba una cadena con una medalla y un pequeño crucifijo.

¡El Amigo del Pobre!

No se que sentí cuando lei por vez primera este titulo en el periódico que por casualidad cayó en mis manos EL AMIGO DEL POBRE.

¡Dios mío! ¿será posible que todavía tengan los pobres amigos, que no se haya agotado la raza generosa en medio de este siglo frío como la cima del Himalaya, egoísta como el corazón de un avaro?

Pero enseguida recordé una historia, una especie de epopeya de esas que no se escriben, pero que no se pueden escuchar sin lágrimas en los ojos. Ozanam, el grande Ozanam funda su Sociedad de Amigos de los Pobres. ¡Es tan hermosa aquella fundación!

Y recordé también una estadística consoladora que acababa de leer hacia poco días: en 1855 distribuyó la obra 3.123.883 francos; en 1875, 6.340.884; en 1885, 9.398.544; en 1886, 9.500.000; después ha ido continuamente en aumento.

Y vinieron también á mi memoria las porterías de los frailes, esos lugares benditos donde siempre penetra el pobre con respeto y con confianza; y tantas órdenes fundadas para bien de la Humanidad indigente.

¡Cuántas lágrimas enjugadas! ¡Cuánto pan para el cuerpo y cuánto consuelo para el alma!

Pero por encima de todo esto, como fantasma celestial y divino, rodeado de leprosos, de mendigos, de desheredados de la fortuna, se aparece Jesucristo, el grande, el mejor amigo de los pobres.

Yo os desafío á que me presentéis quien en el transcurso de los siglos haya hecho más por ellos; á que me señaléis quien haya cerrado más llagas, quien haya sanado más corazones.

El mundo se olvidó un tiempo de esta verdad, pero tristísimamente la va recordando: Jesu-Cristo es el amigo nato de los pobres; el que no le imite que no profane este titulo. Llámese filántropo ó cualquier otra cosa pero que no se llame amigo de los pobres.

Todo esto se me ocurrió al leer el titulo de este periódico, que después me dejó consolado con su lectura amena y cristiana basada en aquellas hermosas palabras de Jesucristo a sus discípulos y que tiene por lema:

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como yo os he amado.»

F. Ro JES

¡Amor y caridad!

I

Allá en altísima buhardilla, miserable tugurio abierto á los cuatro vientos, incapaz de que en él puedan vivir seres humanos, pero que el dueño de la casa juzgó, en su ambición desmedida, motivo suficiente para embolsarse un alquiler más de diez pesetas, que cobra sin consideración alguna todos los días primero de mes, vese tendida en un mal catre y cubierta con raída manta una mujer joven en el último periodo de tisis. Rodéanla tres desharrapadas criaturas que á voz en grito y pateando sin cesar, piden de comer. Algo separado de este grupo desgarrador está el marido de aquella infeliz mujer, el padre de aquellas hambrientas criaturas, empeñándose en condimentar, como Dios le da á entender, unas pocas de patatas que no resultarán muy bien cocidas al escaso fuego de media docena de astillas y dos ó tres piedras de carbón, pero que, seguramente, no dejarán unos y otros de abalanzarse sobre ellas con bestial ahinco, encontrándolas sabrosísimas.

El rostro de aquel hombre, en el que han dejado su huella el dolor, el hambre y el insomnio, está terriblemente sereno. ¡Qué de pensamientos cruzarán su mente al ver lo poco que puede ofrecer á aquellos pedazos de su alma! ¡Qué lucha de encontrados sentimientos se estará librando en su corazón! Su conciencia honrada rechazará enérgicamente cualquier idea criminal que trate de apoderarse de él... ¿Vencerá el bien?... ¿Vencerá el mal?...

Varios días ya que está sin trabajo, efecto del mal tiempo, y esto le sucede con frecuencia; más, si otras veces tenía en su casa algún mueble, algún trapo que vender ó empeñar para ir tirando, ahora no tiene nada. ¡absolutamente nada! Gracias á una de esas buenas almas, que nunca faltan, adquiere fiado de la tienda lo preciso para vivir, para no morirse de hambre, para que su pobrecita mujer tenga algún alivio; pero cuando trabaje habrá de pagar esta deuda y cómo, si no gana, puede decirse, ni lo indispensable para el día? De aquí que los atrasos serán cada vez mayores y las privaciones irán en aumento y la compañera de su vida, su ayuda, su consuelo, no tardará en morir y sus hijos quedarán abandonados en medio de la calle mientras él trabaja para darles pan...

¡Desgraciados niños! ¿Qué será de ellos en el día de mañana?

¿Como saldrán?

¡Infeliz padre!

Pasemos la vista desde esta miserable buhardilla, rigor de las desdichas, á la elegante morada del acaudalado propietario B. en la que nada falta de cuanto puede apetecer la comodidad humana. Entremos en aquel lujoso y riquísimo despacho donde su dueño, con cara de hombre satisfecho, y muy repantigado en artística mecedora, monologea en alta voz. Oigámosle: Al menos ahora me veo libre de quebrantaderos de cabeza y de cargos, ¡rico y trabajar tengo por solemne majadería! Mi nuevo administrador es activo é inteligente de verdad, entiende los negocios á las mil maravillas, hasta me parece que huele las *altas* y *bajas* del papel mejor que mis perdigueros la caza. Liquidación cual la que acaba de presentarme no me la ha presentado ninguno. ¡Cuarenta mil duros de utilidades! ¡¡Admirable!! ¡¡sorprendente!! Mis negocios prosperan á medida de mis deseos, van viento en popa. Justo es, pues, ya que el dinero se nos mete á manos llenas por casa, tirarlo á manos llenas y á gozar, que la vida es corta.

De paso que salgo ahora al casino á murmurar de nuestros políticos y á jugar á la ruleta, veré si encuentro en casa á mi señora para comunicarle la buena nueva y advertirla, al mismo tiempo, que no escatime en sus gastos, que no se prive de ningún capricho, que asombre con sus trajes, con su *tren* á ese coro de envidiosas y fátuas que la rodean, queriendo humillarla en magnificencia. A mis hijos les aumentaré también su presupuesto mensual, no me gusta que pasen plaza de económicos ni de mojígatos, cada edad pide lo suyo y ellos que están en la de gozar y divertirse que se aprovechen. ¡Ah si yo fuese joven! Procuraré, así mismo que nuestras reuniones de los jueves sean aun más espléndidas, más llamativas, que formen época, que me llenen de honores... quiero ser el número uno en lujo, en esplendidez, en buen gusto.

Preguntad á este opulento, á este ambicioso de glorias mundanas, si hay pobres á quienes socorrer, necesitados que puedan morirse de hambre y, seguramente que, encogándose de hombros, con la mayor indiferencia, si no malhumorado, os contestará lo que en cierta ocasión otro contestó: «El meterse en cosas de la *plebe* es ocupación que mancha.»

Ahora bien, ¿quién unirá á aquel desgraciado padre de familia con éste, rico y afortunado? y en caso de unirlos, ¿con qué lazos?

Un social de antaño

—No me negarás ahora que eres un retrógrado, un obscurantista, un neo, un clerical, un reaccionario...

—¡Acabarás! ¿Y á qué viene eso?

—¿Lees á Balmes?

—¡Hombre, qué descubrimiento! ¡Lo leo! desde hace muchos años, con mucha frecuencia!

—Con que sí, ¿eh? Y luego te las vienes echando de *social*, de sindicalista...

—Naturalmente, siguiendo á Balmes.

—Pero ¿estás en tu juicio, Jaime? ¡Balmes social y sindicalista!

—¡Ya lo creo! ¡Lo era antes de que pusieran el epígrafe al pie de los grabados; era social y un sindicalista cuando solo se habían tirado las pruebas, y todavía tenía que entrar en máquina el pliego!

—¡Bah, compañero! Eso se lo cuentas á otro, no á mí, que sé perfectamente quién era Balmes.

—¿No querrás decirme quien era Balmes para tí?

—¿Pues quién había de ser? Un cura, un presbítero. En las portadas lo dice.

—¡Admirable! No se te podrá decir que no sabes nada de Balmes, pues cuando menos lo conoces por el forro; en cambio ignoras por completo que fué el iniciador del movimiento católico-social antes de que tomara cuerpo y realidad en Alemania. Verdad es que esto tampoco lo saben muchos, que son infinitamente más leídos que yo.

—Bueno; ¿qué hizo Balmes? ¿qué tiene que ver lo que dijo, si es que dijo algo, con las terribles cuestiones de nuestros días? ¿qué podría imaginar por ejemplo, respecto á esa cuestión de los salarios que está trastornando á Inglaterra, Alemania, Francia y España?

—Pues ahí verás; todo lo que es posible decir. Cuando Balmes escribía sus artículos en *La Sociedad*, predominaba la economía política clásica, hija del liberalismo materialista y pagano; doctrina inhumana, ajena á toda consideración moral y á todo sentimiento religioso, que consideraba al obrero como una simple máquina de producir y el trabajo como una mercancía sujeta, como cualquier otra, á las leyes de la oferta y la demanda; y Balmes, inspirado en el Catolicismo, se fijó antes que en la ley de la oferta y la demanda, antes que en el trabajo-mercancía, en el trabajador y en el hombre, y pidió un *salario conveniente y una jornada racional*.

—¿Eso dijo?

—Y aún más; reconoció que «si el patrono es dueño de despedir á los obreros siempre que no le convenga, también los obreros pueden despedirlo á él si se conceptúan perjudicados», y esto en rigurosa justicia. Que es como reconocer la justicia de las huelgas á pesar de que en su tiempo ni había huelgas, ni por lo tanto, se había em-

pleado aún esta palabra. Entiendo que para un cura es decir bastante.

—¡Ya lo creo!

—Propone luego que para resolver las cuestiones que pudieran surgir entre el capital y el trabajo se construyeran tribunales de paz, compuestos de fabricantes y obreros, presididos por la autoridad, para mayor prestigio y como persona independiente é imparcial.

—Eso es lo que se busca y no se ha podido todavía llevar á cabo.

—Sea, pero ya reconocerás que de ello no tiene la culpa Balmes. Nuestro presbítero habla también de la organización del trabajo, y reconoce que debe reformarse, pero no á tontas y á locas, sino muy paso á paso, muy lentamente, so pena de ocasionar una catástrofe; pero advirtiéndole que la cuestión no tiene nada que ver con los sistemas políticos, según opinan nuestro flamantes «conjuncionistas» y quería hacer creer el famoso Pablo.

—En eso estoy conforme.

—¿Quién te diría ahora que Balmes se mostraba conforme en la aceptación de muchas reformas y reclamaciones de los socialistas, y no solo eso, sino que aconsejaba adelantarles para proponerlas y realizarlas? Ya ves que no era asustadizo, aunque fuese tan ferviente católico.

—Pero lo más notable es la ardorosa defensa que hace de la asociación,

antes de que los socialistas alemanes la organizaran. Balmes rechaza la tendencia disolvente, disgregada, del liberalismo, y predica la reunión de los hombres en sociedad, aplaude y recomienda las asociaciones de trabajadores, encaminadas al mejoramiento de la clase. ¿Y quién podrá añadir una palabra más á su frase, resumiendo los deberes de los ricos con sus obreros: *hacerles buenos y hacerles bien?*

—Confieso que ignoraba todo eso que me dices.

—Y ahora, para terminar, he de decirte que Balmes proclamaba ya en 1844 la necesidad de la acción del clero y señalaba á los párrocos todo un vasto programa de acción social...

—¡Magnífico!... ¡Balmes era amigo de la clase obrera!

—¡Y tanto! Pero he de añadir todavía dos palabras. Decía que la religión católica es incomparable para contener y educar á las masas populares: que el decaimiento de las razas y de los pueblos procede de su alejamiento de las salvadoras enseñanzas de la religión católica, y que los institutos religiosos ejercen una acción social muy conveniente y fecunda. Y ahí tienes por qué soy católico-social y por qué leo á Balmes.

SALVADOR.

Donde las dan las toman

Al ir á acercarse un sacerdote al despacho de billetes de una estación del ferrocarril, se interpuso un viajante de comercio que, sin estar en fila, pretendía haber llegado antes, y le dijo con no muy buenos modos: —Después de mí.

Y añadió:

—Aquí, como en el confesionario, hay que guardar turno y pagar.

—¿Ha pagado usted, pues, alguna vez en el confesionario?

—Si, señor.

—Pues lo siento por usted, porque allí sólo tienen que pagar aquellos que se ven obligados á restituir lo que han robado.

El viajante, sin replicar, desapareció en medio de la rechifla de los circunstantes, que celebraron la oportuna réplica del sacerdote.

Napoleón y el «suicidio»

Cuando en 1815 Napoleón fué deportado á Santa Elena, los periódicos ingleses propararon la noticia de que el Emperador se mataría antes que dejarse conducir al destierro. El doctor Wakden médico del *Norkumberlant*, buque que le deportó, refiere que le oyó expresarse así, á propósito del mencionado juicio:

—No, yo no soy tan romano para matarme... Para mí el suicidio es de los delitos más abominables. Mi razón no me ha sugerido razón alguna para justificarle. Es un delito hijo de la soberbia. ¿Cómo puede un hombre decir que tiene valor si no sabe soportar los golpes de fortuna? El verdadero heroísmo consiste en afrontar las desgracias de la vida.

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses.—El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

Correspondencia administrativa

Sr. D. B. C.—La Felguera.—Pagó á fin 1912.

Sr. D. J. V.—Oviedo.—Id. á fin de Enero de 1913.

C. de S. I.—Madrid.—Pagó al 10 Octubre 1912.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875
Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luceras, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.

A nuestros suscriptores

Como son varios ya los suscriptores que nos preguntan lo que deben y la forma mejor de hacer el pago vamos á contestar á todos desde aquí:

El pago pueden hacerlo muy seguro y muy fácil por el Giro Postal allí donde se halla establecido ó por el Giro Mutuo. Donde no se pudiera por ninguno de estos dos medios, empleen en sellos de *quince céntimos* ó de *á real* el importe de las pesetas que nos han de remitir y en una carta, certificada es mejor, remítannoslo que aquí será muy bien recibido.

Otros nos preguntan lo que adeudan; lo más acertado es que envíen el importe de su suscripción por un semestre ó un año y en nuestra *correspondencia administrativa*, al acusar recibo, les diremos hasta cuando tienen pagado.

Nos gusta el procedimiento que acostumbramos á usar algunos de nuestros abonados para el pago. Aprovechan su venida á Gijón ó la de algún amigo ó conocido para entregarnos el dinero en la librería de nuestro editor *Corrida 73*, importe del que acusamos recibo luego en nuestra sección de *Correspondencia*.

En la presente temporada veraniega es buena ocasión para esto. Así es no poco lo que recibimos.

Y aquellos á quienes hemos escrito cartas ¿nada nos contestan? ¿De qué ha de vivir EL AMIGO DEL POBRE sino es de la buena correspondencia de sus abonados?

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón